

La filosofía y la vida nacional norteamericana

John Dewey^(*)

Se reconoce hoy, más o menos generalmente, que los sistemas de filosofía, aunque abstractos en su concepción y técnicos en su exposición, son al fin y al cabo bastante más cercanos del corazón de la vida social y nacional de lo que superficialmente parece. Si uno dijera que la filosofía es sólo un lenguaje, sin duda le daría una ocasión para el regocijo a aquellos que todavía creen que la filosofía es “palabras y tan sólo palabras”, y a quienes creen que se trata únicamente de una terminología afectada que se inventó y se utiliza para la mistificación del sentido común. Ahora bien, también las matemáticas son únicamente un lenguaje. Mucho depende, desde luego, de lo que sean esos lenguajes y del modo como tratemos con ellos. Hablando de forma rotunda, diremos que la filosofía es un lenguaje en el cual se expresan los problemas y aspiraciones sociales más profundos de una determinada época y de unas determinadas personas en símbolos intelectuales e impersonales. Han dicho bien quienes afirman que la filosofía es una autoconciencia reflexiva de aquello que existió primero efectivamente de forma espontánea en los sentimientos, acciones e ideas de las personas.

Incluso si no fuera verdad (como creo que lo es) que los problemas filosóficos no son en último término sino ciertas definiciones y afirmaciones objetivas sobre problemas que se han planteado de una forma socialmente relevante en la vida de un pueblo, todavía seguiría siendo verdad que para ser “comprendida por los hombres”, para hacer su propio camino, para recibir cierta confirmación o al menos el grado de atención necesaria para someterla a duda y discusión, una filosofía tiene que ser concebida y planteada en términos de condiciones y factores que generalmente se están

^(*) “Philosophy and American National Life”, in *The Middle Works of John Dewey*, ed. de Jo Ann Boydston, Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, London and Amsterdam, Feffer & Simons Inc., 1977, Vol. 3, pp. 73-78. Este texto fue publicado inicialmente en el *Centennial Anniversary of the Graduation of the First Class, July Third to Seventh 1904* de la Universidad de Vermont (Burlington, Vermont, 1905), pp. 106-113.

Aunque Dewey siempre utiliza los términos “Filosofía Americana” (*American Philosophy*) y “Vida nacional americana” (*American National Life*), puesto que es claro que con estos términos él se está refiriendo a Norteamérica (y no a todo el continente americano), y particularmente a los Estados Unidos, aquí siempre se traducirán esas expresiones como “filosofía norteamericana” y “vida nacional norteamericana” (Nota del traductor).

La traducción al español es obra de Diego Antonio Pineda R., Profesor Titular Facultad de Filosofía Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia). No se puede reproducir sin autorización.

moviendo en la vida no-filosófica. No es, entonces, fútil, después de todo, preguntar por las recíprocas influencias que se dan entre la vida nacional norteamericana y la filosofía norteamericana.

Es razonablemente seguro, sin embargo, que la respuesta a este asunto no debemos ir a buscarla en algún “ismo” filosófico específico. Podemos descartar la creencia existente en Europa de que la filosofía norteamericana está condenada a ser un sistema, si no de materialismo, al menos de mecanicismo; un tipo de pensamiento altamente “positivo” y no espiritual. Podemos desechar también la idea de un autor norteamericano según la cual nuestra filosofía tiene que ser el realismo, puesto que los norteamericanos somos esencialmente personas prácticas y “realistas”. En ninguno de estos rótulos excluyentes y al por mayor debemos buscar lo que somos, pues éstos no son sino ciertos rasgos que colorean nuestra atmósfera y tiñen el espíritu de todo nuestro pensamiento. La filosofía norteamericana debe surgir de, y debe responder a, las demandas de la democracia, del mismo modo que la democracia se esfuerza por expresar y conseguir por sí misma, en una escala más amplia y de un modo más cuidadoso y definitivo, aquello de lo que la historia ha sido previamente testigo. Y la democracia es a la vez algo tan sutil, complejo e inspirador que no puede ser atrapado en las redes de una singular escuela o secta filosófica.

Es, entonces, a las necesidades de la democracia en Norteamérica que debemos volver para encontrar los problemas fundamentales de la filosofía; y es en sus tendencias y en sus fuerzas actuantes en donde debemos buscar los puntos de vista y los términos en los cuales la filosofía debe concebir y resolver estos problemas. La relación del individuo con lo universal es uno de los más viejos y controvertidos problemas, aunque en ciertos períodos parezca que éste es el más estéril de todos los problemas por ser puramente metafísico. Sin embargo, la cuestión adquiere una nueva fuerza y un nuevo significado con nosotros, pues aquí nace de nuevo. Se trata ahora de la cuestión de la posibilidad y validez del modo de vida con el que estamos comprometidos. Ya que hemos llevado a comparecer al individuo, a la corte del individuo debemos asistir. ¿Es susceptible el individuo de soportar esta presión? ¿Qué hay en su carácter que justifique tal dependencia? ¿Está el intento previamente condenado a fracasar a causa de la debilidad y corrupción de los instrumentos y de la inestabilidad del fin que nos hemos propuesto? Tales cuestiones son en realidad los que tiene en frente todo pensamiento desde el origen del Protestantismo y de la libertad política e industrial. Pero, en un país

que es externamente indiferente y que ha roto físicamente los vínculos y tradiciones que lo ligaban a sistemas de acción y creencia en los que se da al individuo un lugar subordinado e incidental —o, incluso un papel apenas trascendental, como si fuera un personaje de los *Pickwick Papers*^(*), de Charles Dickens— en el esquema de las cosas, tales cuestiones adquieren inmediatamente un significado diferente y más vital.

Ésta no es una cuestión que se refiera primariamente al individuo como categoría lógica, sino, más bien, a éste como una individualidad concreta; no a Sócrates como un ejemplo estándar o una muestra a cuyo examen podemos dedicarnos, sino al hombre común, a un John Smith que efectivamente existe y que tiene esposa, hijos y vecinos. Si nuestra civilización requiere ser justificada, debemos alcanzar una concepción del individuo que muestre, en general y en detalle, el lugar inherentemente significativo y valioso que el individuo físico —con sus dudas y sus esperanzas, y también con sus esfuerzos y capacidad de experimentación— ocupa en la constitución de la realidad. Debemos saber por qué y cómo el individuo es lo que es no por el modo como reproduzca de manera irregular e imperfecta, ni por el fin por el que lo haga, algún universo de realidad ya externamente constituido y completo en sí mismo, que él debería tomar como modelo a copiar y al cual debería conformarse. Debemos saber que son su método y su propósito a la hora de ampliar, completar y perfeccionar la realidad, e incluso aquellas cosas en las que confía, además de sus luchas y errores, lo que él necesita realizar.

Si nuestra civilización debe ser dirigida, debemos tener un conocimiento tan concreto y funcional del individuo que nos permita ofrecer, sobre la base de lo que es el individuo mismo, con qué suplir aquellos modos de crianza, y de control y autocontrol, que en el pasado han sido extraídos de autoridades supuestamente establecidas por fuera y más allá de la individualidad. No es de ningún modo un accidente que la filosofía norteamericana, incluso en su presente incipiente y su estilo embrionario, esté permeada de datos y consideraciones psicológicas. Con respecto a esto, creo yo, no es suficiente con decir que la mente norteamericana está más interesada en la observación positiva que en la especulación metafísica, en los fenómenos que en las explicaciones últimas. Lo que ello significa, en un sentido muy fundamental, es que el individuo del que la psicología ahora se ocupa es una realidad última, y que en lo sucesivo la cuestión

(*) El término aquí utilizado por Dewey es “Pickwickian”, que se utiliza para referirse a Samuel Pickwick, un personaje benevolente y de mente simple de la novela *Pickwick Papers*, de Charles Dickens. También se utiliza en un sentido general para referirse a alguien de carácter generoso y simple.

metafísica de la naturaleza y significado del individuo aparece ligada al problema científico de su estructura y conducta efectivas. Puesto que la individualidad concreta es tanto un cuerpo como un alma, y puesto que, a través de su cuerpo, éste está en relaciones de estímulo y respuesta múltiples y complejas con el entorno natural y social, tal psicología, además, debe incluir, junto a los más directamente introspectivos, los métodos fisiológicos y experimentales. Esto, de nuevo, no es ni materialismo ni un despliegue de talento propio de una ingenuidad mecanicista. Es un reconocimiento sincero, incluso si fuera inconsciente, de la importancia ética fundamental de ligar el actual juego de la individualidad con las condiciones de nuestra vida.

Así pues, podríamos revisar uno por uno los problemas históricos de la filosofía con la perspectiva de señalar que la filosofía norteamericana no representa un corte abrupto con el pasado para empezar por su propia cuenta un camino provinciano. No se trata de ofrecer de repente una redefinición de los problemas históricos en los términos de alguna escuela filosófica, sino de que es inevitable que los revitalicemos y que volvamos a conceptualizarlos a la luz de las exigencias e ideales contenidos en nuestra propia vida espiritual como nación. Se podría sugerir, por ejemplo, que el problema de la relación entre mente y materia sea revisado una vez se ha visto que éste se ha entendido bajo la forma abstracta de la relación entre lo llamado material (es decir, la vida económica e industrial) y la vida intelectual e ideal de una democracia, y en particular las exigencias éticas de la democracia con respecto a la justa distribución de las oportunidades y recompensas económicas. Se podría incluso mostrar hasta qué punto todo el dualismo de mente y materia que se evoca a cada paso de la filosofía histórica es en el fondo un reflejo de la separación del deseo y el apetito de la razón, de lo ideal, lo cual a su vez es una expresión propia de sociedades no democráticas en las cuales lo “superior” y la vida espiritual de unos pocos se construyó sobre la base, y a la vez quedó condicionado, a lo “inferior” y a la vida económica de muchos.

Ahora bien, dado que no es este el lugar para un tratamiento detallado de cuestiones filosóficas, concluyo con unas pocas palabras sobre el asunto del método. Una ausencia de dogmatismo y de doctrinas rígidamente establecidas, al igual que una cierta fluidez y una cualidad experimental de carácter social deben caracterizar el pensamiento norteamericano. La filosofía puede ser considerada primordialmente como un sistema o como un método. En cuanto sistema, ésta desarrolla, justifica y proclama un cierto cuerpo definido de doctrina; es a partir de ello que se pretende descubrir, o al

menos dar sustento, a un conjunto de verdades más o menos cerrado que se considera su objeto peculiar y exclusivamente apropiado. El valor de este conjunto se mide por el carácter finalizado y completo de su independiente y exclusivo cuerpo de doctrinas. La filosofía medieval es un típico ejemplo de lo que quiero decir, aunque esta idea de la filosofía es algo que no ha muerto con la decadencia de la escolástica; en efecto, esta idea es la que anima el ideal de gran parte del pensamiento filosófico de los últimos tiempos; y, si se le cuestiona, ello se hace únicamente a partir de intereses propios del escepticismo. Hay, sin embargo, también una lucha por articular una concepción de la filosofía como algo que es primariamente *método*, y que es sistema únicamente en el sentido de una cierta disposición de los problemas e ideas que habrá de facilitar la investigación ulterior, la crítica y la interpretación constructiva de una variedad de problemas vitales. Este punto de vista no es escéptico, pero es no dogmático en el sentido de que apenas busca aproximarse a definiciones y evita las clasificaciones rígidas, aunque no en el sentido de un eclecticismo carente de cuidado. Ahora bien, esta manera de entender la filosofía pretende que ésta debe ser instrumental más que final, e instrumental no en cuanto busque establecer y garantizar un conjunto particular de verdades sino en cuanto ofrece puntos de vista y pone en funcionamiento ideas que pueden clarificar e iluminar el curso de vida actual y concreto.

Una concepción tal del propósito y valor de la filosofía sólo es apropiada, creo yo, a la lógica inherente de nuestro país: los Estados Unidos de América. Los filósofos no tienen por qué ser una separada y monopolística clase sacerdotal que acapare y guarde para sí, y sólo revele bajo ciertas circunstancias, un tesoro de verdades aisladas. Lo que a ellos corresponde es organizar —desde luego, con todo lo que tal organización implica: someter a crítica, objetar y transformar— las ideas de la humanidad, del pasado y del presente, más sabias y elevadas de un modo tal que éstas resulten más efectivas en orden a la interpretación de ciertos problemas fundamentales y recurrentes que la humanidad, colectiva e individualmente, tiene que enfrentar. Es por esta razón que los filósofos deben ser tanto profesores como investigadores. La asociación de estas dos funciones es orgánica, no accidental. Y, por ello mismo, la conexión que existe entre la filosofía y el trabajo y función de la universidad es algo natural e inevitable. La universidad es la morada permanente de la filosofía, pues es en la universidad que la filosofía encuentra el órgano, la agencia de funcionamiento, a través del cual puede realizar su propósito social y nacional.

Reconozco que la mención que acabo de hacer a propósito de la relación entre filosofía y enseñanza universitaria, y de éstas con la vida nacional, es algo que he expresado sólo de forma vaga, y desafortunadamente muy poco brillante; que es algo lleno de generalidades. Pero la verdad es que generalidades es todo lo que permite o requiere la ocasión. Sin embargo, la vaguedad, en la presente condición de formación de la vida nacional y de la filosofía, es algo inherente a la situación misma. Sería bastante fácil ofrecer algo que se pareciese a algo definitivo y final, pero, para ello, tendríamos que pagar el precio de una cierta falsedad e irrealidad. Además, sería muy poco apropiado a la ocasión; y, por la filial gratitud que debo a mi *Alma Mater*, no puedo concluir de otro modo que con un reconocimiento de la profunda y vital conciencia de que dio muestra la Universidad de Vermont desde el mismo día de su fundación con respecto a la importancia de la filosofía, directamente para sus propios estudiantes y, a través de ellos, para la nación.